

# PALABRAS DE APERTURA DEL CURSO 2003-2004, XXV ANIVERSARIO DEL ITER

*P. Carlos Bazarra, O.F.M.Cap., Presidente de la CONVER*

El primer Papa, San Pedro, escribió la primera carta encíclica de la historia de la Iglesia allá por la década de los años 60, en el primer siglo. Hoy estamos en el siglo XXI. Quiero decir que esta carta nos ha llegado con un poquito de retraso, y bastante manoseada. Fue lectura de los cristianos de todos los siglos, y forma parte de los libros canónicos. Pedro fue un pescador sin estudios teológicos en las universidades de aquel entonces, pero tuvo el mejor Maestro, el único, Cristo Jesús. Y en su encíclica el pescador de hombres escribe esta frase lapidaria: “Estén siempre dispuestos a dar respuesta al que les pida razón de su esperanza” (1 P 3,15). Los cristianos tienen que ser hombres y mujeres de esperanza. Sin esperanza, nos deshumanizamos. Pero además de tener esperanza, hay que saber dar cuenta de nuestra esperanza.

Cuando llegué de España el año 1978, la Conferencia de Religiosos de Venezuela había tomado el acuerdo de fundar el ITER. Se estaba en la preparación. No había aún alumnos, pero ya los profesores se venían reuniendo elaborando una metodología y unos programas. Me llamó muchísimo la atención la insistencia en que se trataba de dar respuesta a los interrogantes del pueblo. No podía ser una teología desde las nubes, sino situada en la realidad que nos tocaba vivir. En definitiva, se trataba de dar razón de nuestra esperanza. Tenía que ser una teología viva, fundamentada en la oración, la pastoral y el estudio. Los alumnos no serían sólo los destinatarios de unas enseñanzas magisteriales, sino principalmente sujetos. No era cuestión de estudiar teología, sino de hacer teología. Yo que venía de Roma y Salamanca donde se impartía una teología universal, me encontré con que la teología tenía que ser respuesta a preguntas reales, y no a preguntas que nadie se hacía. Con franqueza tengo que reconocer que me sentí aprendiz de una teología latinoamericana de la que apenas tenía conocimientos. Fue como un bautismo teológico que me hizo nacer de nuevo.

En este intervalo de los primeros meses del año 1979 se celebraba la tercera Conferencia General de Puebla. Se estaba estrenando el nuevo Papa Juan Pablo II. Y las prioridades de la opción por los pobres y la opción por los jóvenes nos venían como anillo al dedo. El 1 de octubre de 1979 se inauguraba el ITER, precisamente en los salones del convento capuchino de La Chiquinquirá. Por esta razón cargó sobre mí la logística del evento. Comprar pasapalos, refrescos, preparar la cafetera, los vasos de plástico, y recibir al Nuncio, a los Obispos, a los Provinciales y al resto de los invitados. Iban a ser 10 alumnos de 5 congregaciones, en el primer semestre de teología.

Mirando hacia atrás, aquello fue un acto simbólico comparándolo con el espectáculo que ofrecen hoy ustedes en el comienzo de los 25 años. Uno siente la satisfacción del deber cumplido. Y lo digo sinceramente: el ITER ha sido una de las mejores experiencias que he podido vivir. Nunca agradeceré bastante la misericordia del Señor.

Me ha llegado la hora de retirarme. Pero una de mis mayores alegrías es ver que los que un tiempo fueron alumnos, hoy son los profesores de un gran nivel teológico. La semilla creció. Mi invitación para todos ustedes es que aprovechen la gracia del ITER. Y que sepan dar respuesta a quien les pida razón de su esperanza. Porque la esperanza no defrauda (Rm 5,5).

Que Dios bendiga a profesores y alumnos en este vigésimo quinto año de su andadura, y por medio de ellos, que la Vida Religiosa acontezca en Venezuela y en todo el mundo. Que así sea.